

PRESCIENCIA DE NISBET: “Quest For Community” en la Era de Barack Obama

por Ross Douthat en First Things, 01/30/12

Traducción y Edición (títulos): Alberto Mansueti

<http://www.firstprinciplesjournal.com/articles.aspx?article=1810>

Los debates políticos a menudo establecen una simple dicotomía: individuo versus Gobierno. Ciertamente es que la libertad individual y el Gobierno limitado son los principios fundamentales de una sociedad libre, pero tal polarización pasa por alto las formas en que mujeres y hombres realmente vivimos nuestras vidas, esto es, inmersos en comunidades pequeñas: las familias, los barrios, las iglesias, los grupos cívicos, y otros. En esta aguda reflexión se basó el clásico de Robert Nisbet, 1953: “La Búsqueda de Comunidad”.

El columnista Ross Douthat del NYT examina este tema del impulso humano a la comunidad en su estrecha relación con el estatismo creciente. El presente ensayo es una adaptación de la Introducción de Douthat a la nueva edición crítica del libro de Nisbet por ISI.

El conservadurismo intelectual, florecido inesperadamente como tulipanes en el desierto a fines de la II GM, nació de la preocupación revisionista con la historia que la Modernidad contaba acerca de ella misma.

O sea: 20 años de totalitarismo, genocidio y guerra total, le cayeron como mazazos a la “interpretación Whig de la historia”. Tras Hitler, y a la sombra de Stalin, ¿cómo estar seguros de que la “Era Moderna” era la historia de una larga e indetenible marcha de las “Edades Oscuras” medievales hacia la plena luz del día? Hubo repentina y gran demanda de escritores que nos pusiesen explicar qué cosa había salido mal, terriblemente mal, y por qué, y cuán profunda era la podredumbre.

Nisbet y el Renacimiento Conservador

El pensamiento conservador de la posguerra deriva buena parte su energía de este proyecto intelectual. Filósofos emigrados como Leo Strauss y Eric Voegelin, y asimismo los nativos como Richard Weaver, los pensadores centrales de la emergente Derecha trabajaron duro para explicar cómo fue que el “Progreso” y la “Ilustración” (con mayúsculas) nos habían llevado a la cámara de gas y al Gulag. Con frecuencia estos escritores terminaban reinterpretando toda la larga historia intelectual de Occidente, señalando ciertos puntos de inflexión inusuales como Maquiavelo y Ockham, y apuntando a sospechosos igualmente inusuales como el gnosticismo y el nominalismo.

Miraban hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo, explicando el pasado para iluminar dilemas acerca del futuro. Pocos lo hicieron de forma más persuasiva que Robert Nisbet en “The Quest For Community”.

Profeta o futurista alguno podían haber previsto todos los giros y vueltas que la vida política en EEUU ha hecho desde 1953, cuando a sus 40 el sociólogo Nisbet

publicó este libro, con el subtítulo "Estudio sobre la Ética y el Orden de la Libertad." Empero, su análisis de la política de la Modernidad, aunque escrito en la Era de Eisenhower, luce como audazmente premonitorio, en tanto esto sea posible para un escritor individual.

No obstante su presciencia, el clásico de Nisbet probablemente tuvo menos lectores de los que merece, incluso en los círculos un tanto excéntricos donde los intelectuales conservadores pasan por celebridades.

A diferencia de Leo Strauss, Nisbet carecía de ambiciones filosóficas, y de estilo para cultivar discípulos. No acuñó frases impactantes como la del "escatón inmanentizado" de Voegelin, o "las ideas tienen consecuencias" de Weaver. Aunque contribuyó a *National Review*, geográficamente y espiritualmente estaba lejos de la camarilla intelectual en torno a William F. Buckley Jr., y jugó un papel secundario en los grandes debates ideológicos que moldearon el "movimiento conservador" como le llamamos hoy. Y si bien emigró de la U. de California al American Enterprise Institute en Washington, pasó sus años en la capital en lo que describió como un "autoimpuesto exilio de la intriga política". Tampoco le ayudó su costumbre de criticar hoy a los libertarios, mañana atacar a los halcones de política exterior, y pasado quejarse de los conservadores religiosos.

Esto no debería sorprender, por las dificultades de plasmar la visión central de Nisbet en una política conservadora práctica, o a lo menos ciertas prácticas políticas para fines del siglo XX; pero sin embargo estas dificultades tienen que ver con la importancia de su tesis.

La tesis de Nisbet: simbiosis estatismo-individualismo

¿Cuál fue la visión central de Nisbet? En pocas palabras: que lo que parece ser la gran tensión de la Modernidad, el auge simultáneo del individualismo y del colectivismo, y la competencia entre ambos por el dominio de la escena, en realidad no es tal tensión, pues son complementarios uno del otro.

Parecía contradictorio que la edad heroica del *laissez faire* del s. XIX, cuando hombres libres, mentes libres y mercados libres fueron supuestamente liberados de las cadenas impuestas por el trono y el altar, había cedido terreno tan fácilmente a tiranías como las de Mussolini, Hitler, Stalin y Mao. Pero sólo hay contradicción, arguyó Nisbet, si se olvida "el anhelo del hombre por la comunidad". El totalitarismo parece satisfacer el tan deseado sentimiento de participación, de pertenencia a una causa más grande que las señaladas por las metas individuales, la búsqueda de un grupo o comunidad a la que cada quien pueda llamar propia.

En la sociedad pre-Moderna, este anhelo de comunidad era satisfecho por múltiples grupos y asociaciones a escala humana: los gremios, las iglesias y universidades, los castillos solariegos y las aldeas o villas, los monasterios, las clases sociales, y por supuesto la comunidad primitiva del clan familiar. En este paisaje, escribe Nisbet, "la realidad del individuo separado y autónomo era tan invisible como la del poder político centralizado". Pero desde la Reforma religiosa, el individualismo y la centralización avanzaron juntos, al paso que desaparecieron las comunidades intermedias y sus poderes, o fueron perdiendo importancia. Como instituciones sociales, estas

asociaciones fueron acusadas de inhumanas, irracionales, patriarcales y tiránicas; y como fuentes de poder político y económico, fueron jubiladas por anticuadas, ineficientes y "fisíparas" (que se reproducen por división). Entonces, en lugar de la red de comunidades parcialmente superpuestas, cuyas autoridades se hacían competencia entre sí, el Occidente liberal quiso construir una sociedad de individuos "liberados" y autosuficientes, supervisados por un Gobierno centralista, racional y tecnocrático.

El supuesto de hecho era que el individuo emancipado requiere un Estado fuerte para cortar el tejido limitante de las asociaciones intermedias. "Un solo soberano absoluto", escribe Nisbet sobre las teorías de Thomas Hobbes "sería el único entorno eficaz para que el individualismo sea posible."

La Búsqueda de Comunidad

Aquel tejido de restricciones servía no obstante a un propósito, pues el hombre es un ser social, y no se puede negar su "anhelo de comunidad". El individuo "liberado" probablemente se convierta en el individuo alienado, el individuo paranoico, el individuo solitario y desesperado, en búsqueda de comunidad. Y sucede que si el individuo no encuentra comunidad a una escala humana, entonces va a ir a buscarla a una escala inhumana: la "comunidad total" del estado totalitario.

Así es como el liberalismo puede engendrar el totalitarismo. El gran proyecto liberal de "emancipación progresiva del individuo respecto de las tiránicas e irracionales sociedades 'de status' heredadas del pasado", tomó el riesgo de hacer a esos individuos anhelar el abrazo de un poder total, mucho más tiránico que el de la iglesia, la clase o la familia. La política de 'interés propio racional' promovida por Hobbes y Locke creó un vacío, un anhelo de comunidad, que Rousseau y Marx vinieron presurosos a llenar. La era de Bentham y de la Escuela de Economía de Manchester dejó a Europa madura para 'Ein Volk, ein Reich, ein Führer', y para la dictadura del proletariado.

Nisbet llegó a esta conclusión: "Los extraordinarios logros del Estado totalitario en el s. XX serían inexplicables, a no ser por su inmenso y quemante atractivo sobre las masas de personas que perdieron o desecharon sus raíces habituales de afiliación y creencias". Aunque Nisbet no es pesimista: se cuida en insistir sobre otro curso de la historia, que es posible. La comunidad ofrecida por el totalitarismo es más atractiva que ninguna comunidad, pero es una forma profundamente antinatural de asociación humana. Es posible entonces florecer para el gobierno limitado y la economía liberal, sin caer en degradante tiranía, pero sólo si se permiten y animan formas más naturales de comunidad, en vez de intentar romperlas en sus ramas y en sus raíces.

Un Programa conservador para el futuro

Posible y necesario. "Toda la herencia de la conciencia liberal", escribe Nisbet, depende para su supervivencia de "las líneas sutiles e infinitamente complejas de la costumbre, la tradición y las relaciones sociales". Individuo y Estado pueden tener una relación adecuada, pero sólo si hay sólida sociedad civil para mediar entre uno y otro. La libertad política requiere fuentes alternas de autoridad competencia para sostenerse, e igualmente la libertad económica: "El capitalismo ha prosperado, y sigue prosperando, sólo en esferas y ámbitos en los que va unido a una floreciente vida asociativa". Lo

sabía hasta Proudhon, que Nisbet cita: "Multiplicad vuestras asociaciones y seréis libres".

Esta multiplicación fue el gran logro de los EEUU en su inicio, con sus límites geográficos y constitucionales impuestos a la centralización del poder, y su vida asociativa asombrosamente activa. Nisbet insiste en reconocer aquí su deuda intelectual con "el brillante Tocqueville". La preservación de aquel logro es el proyecto central del conservadurismo estadounidense. O debería ser. Pero su naturaleza debe entenderse correctamente, sugiere el trabajo de Nisbet: no es la mera defensa del individuo ante el poder del Estado. Promover el individualismo irrestricto es poner en serio riesgo de destrucción todas las instituciones que ponen freno eficaz al estatismo. Whittaker Chambers tenía razón al quejarse del tufillo hitlerista en las novelas de Ayn Rand. Debe ser la defensa de la persona y su grupo, su familia, su iglesia, su barrio, su organización cívica, y su sindicato.

Si Nisbet enseña una lección, es esta: Ud. no puede oponerse al crecimiento inexorable del poder del Estado con la defensa del solo individualismo y nada más. Ud. debe asumir la defensa del individuo y su comunidad.

¡Ah! pero es más fácil declararlo en teoría que aplicarlo en la política moderna. Muchos políticos y famosos gurúes de opinión han advertido (o medio advertido) la opinión de Nisbet. Pero pocos han logrado ponerla en práctica.

Un libro profético: la destrucción de la familia

En las dos décadas que siguieron a la publicación del libro, la simbiosis estatista-individualista alcanzó un pico, confirmando la hipótesis: nunca antes hubo en EEUU tanto énfasis en la liberación individual, y nunca antes tanto auge e influencia del Estado de bienestar, y asimismo del complejo militar-industrial, a lo menos hasta la debacle en Vietnam. Lyndon Johnson se propuso en Washington crear "la Gran Sociedad" para todo el país, y mientras tanto, los grupos y las sociedades locales comenzaron un lento eclipse. Las organizaciones cívicas se redujeron, las iglesias se vaciaron, los antiguos barrios fueron arrasados en nombre del progreso; y a la vez, el Gran Gobierno crecía y gastaba y reglamentaba la vida cotidiana.

Sobre todo la familia, columna vertebral del localismo y la independencia frente al Estado desde los días de Tocqueville hasta los nuestros, fue barrida con dos escobas: en los vecindarios pobres, los burócratas gubernativos reemplazaron a los padres, y en la clase media, los matrimonios cedieron al divorcio en el disolvente de la auto-realización individual.

En los años '50 sin embargo la vida continuaba centrada en la familia, por lo que las páginas de Nisbet debieron ser una sorpresa para muchos; sin embargo, no hacían más que anticiparse a lo que venía. Quizá la parte más profética del libro es su visión de la debilidad del matrimonio como institución en aquellos años, por causa de "la fuerte y aguda discrepancia entre las escasas contribuciones reales de la familia al presente orden social, político y económico, y el conjunto de imágenes espirituales heredadas del pasado".

Anticipando las convulsiones de la Revolución Sexual, Nisbet, advirtió que “la familia no puede cumplir sus funciones psicológicas y simbólicas, con una estructura que se ha tornado tan frágil, y con su relevancia institucional disminuida, y descompaginada de las realidades económicas y políticas”. Observó que “hoy hay panfletos, talleres y cursos de escuela secundaria sobre noviazgo y matrimonio, pero ningún grupo social sobrevive mucho tiempo la desaparición de su principal razón de ser, y en el caso de la familia, esta razón no es biológico primeramente, sino institucional”.

Y así fue: ya en los años '70, a sólo dos décadas de estas palabras, la tasa de divorcios aumentó a más del doble, y la de nacimientos fuera del matrimonio comenzó a trepar su constante cuesta arriba. Otros indicadores sociales deprimentes también comenzaron a llamar la atención en ese momento, pero los estadounidenses se mantuvieron bastante tocquevillianos como para rechazar, al menos por un tiempo, algunos de los excesos de la síntesis estatista-individualista.

Lectores en la derecha y en la izquierda también

No sólo conservadores estaban en busca de un enfoque alternativo a la relación Estado-sociedad: como J. R. R. Tolkien y otros “comunitaristas de derecha”, Nisbet tuvo muchos seguidores en la contracultura de izquierda, y sus críticas al poder central hallaron eco en muchos argumentos esgrimidos por la “Nueva Izquierda” de principios de los '60, desde los ataques a la “universidad corporativa”, hasta las protestas contra la guerra en Vietnam.

Pero la hostilidad de las izquierdas a casi toda forma de conservadurismo cultural les puso un límite objetivo en estos impulsos comunitarios y localistas. Por otra parte, la discusión sobre la segregación racial había envenenado mucho las aguas del debate en EEUU, generando en la izquierda un profundo y hasta cierto punto comprensible prejuicio contra las asociaciones locales como fuentes de intolerancia y discriminación. Por ello, las tendencias nisbetianas visibles en documentos “progresivos” como por ej. la Declaración de Port Huron en 1962, jamás cuajaron en una política descentralista plausible. Para la gran mayoría, las comunas hippies no eran una forma sostenible de asociación comunitaria.

Sin embargo el comunitarismo de izquierdas persistió en varias formas después de los '60. Figuras como Robert Bellah y Michael Sandel criticaron a sus compañeros progresistas por minimizar la importancia de la sociedad civil; y estas posiciones hasta se pusieron de moda en la era de los Clinton, cuando ciertos autores como Robert Putnam y Amitai Etzioni encontraron de pronto lectores en la Casa Blanca. Pero como ha señalado Brad Lowell Stone, el biógrafo intelectual de Nisbet, en la izquierda la búsqueda de la comunidad nunca puso escapar a la atracción de la fuerza de gravedad centrada en el poder del Estado.

Para todos los social-demócratas, la comunidad más importante siempre fue la del nivel nacional, y las asociaciones locales fueron vistas y defendidas sólo como bloques de construcción para la comunidad de la nación entera, no como fines en sí mismas. Como resultado tuvimos una forma más sentimentaloides de estatismo, en vez de una alternativa al estatismo.

La Nueva Derecha

Para una alternativa de verdad, no una mera variante, los estadounidenses tenían que mirar al otro lado del espectro ideopolítico: a la Nueva Derecha. En tanto que el movimiento conservador alcanzaba su madurez, el ostensivo individualismo de la campaña de Goldwater en 1964 fue equilibrado con un énfasis creciente en la importancia de la vida asociativa en las instituciones mediadoras. Y ya en los años '70, el Partido Republicano, que antes se había opuesto al Estado de bienestar con argumentos en gran parte individualistas y "libertarios", tomó una vía mucho más nisbetiana, por la defensa de las comunidades locales: familias e iglesias, condados, y juntas escolares, en contra de las agresiones del gran estado administrativo central.

Y en 1976 llegó la invitación de Ronald Reagan a poner "fin al gigantismo", su convocatoria a "una vuelta a la escala de las organizaciones de las iglesias, las fraternales logias de las ciudades, los pequeños clubes sociales de familias en los conjuntos residenciales, las oficinas de las granjas en el campo, etc." Con su constante retorno a los temas de "la familia, el trabajo, el vecindario, la paz y la libertad". Y la famosa visión de George H. W. Bush de los "mil puntos de luz antes que una sola antorcha gubernamental". Y tras ella, la de Bush Junior: un "conservadurismo compasivo, con iglesias locales y organizaciones cívicas, en lugar de una burocracia tentacular, para tomar la iniciativa en la lucha contra la pobreza".

Estas alegaciones sirvieron para ganar votos y lograr algunas victorias políticas que frenaron por un tiempo la expansión del Estado. Pero desde luego la burocracia estatista siguió allí, en sus oficinas, y con muchos tentáculos. Y lo que George W. Bush realmente propuso, como muchos otros políticos republicanos anteriores, fue una alianza entre el poder del Estado y la iniciativa privada. ¿Era esto nisbetiano? ¿Era siquiera conservador? ¿Podía ayudar el Estado en realidad a la reconstrucción, o más acertadamente a la construcción de la clase de vida asociativa que el poder estatal había ido usurpando gradualmente?

¿Hay un rol para el Gobierno? Un dilema no resuelto

Este es el problema al que la Derecha se ha visto enfrentada en la época de Bush, y más aún: en los 30 últimos años. Y no ha resuelto aún. La pregunta es esta: los lazos vinculantes de la comunidad ya se han roto o desgastado mucho, ¿es suficiente entonces retirar el poder del Estado, y ver a las comunidades tejerse de nuevo a sí mismas? ¿Revivirá la familia de dos padres, p. ej., con sólo recortar los programas sociales? ¿Hay otras versiones de la red de bienestar de la Iglesia Mormona p. ej., que surgirían sólo relajando la pesada mano del Estado? Algunos sostienen que cuando la comunidad se ha aflojado tanto, el Estado no puede nada más retirarse sin correrse el riesgo de desintegración social, sino que debe tener por fuerza un papel activo en el renacimiento de la sociedad civil, tratando de reducir la demanda de Gobierno antes de hacerlo con la oferta.

Nisbet anticipó este dilema, pero sin dar respuesta. Vio sin duda un rol para la administración prudente en la restauración de las comunidades, aunque sin especificar qué tan grande debería ser ese papel. "Lo que necesitamos ahora", escribió en las páginas finales de su obra, "es el conocimiento y la habilidad administrativa suficiente como para crear una condición de *laissez faire* en la cual el grupo social sea la unidad

básica"; pero los detalles de lo esto significa los dejó para la exploración de los responsables políticos, como debe ser, aunque sea algo frustrante para nosotros.

Los políticos conservadores más exitosos han tratado de lograr un equilibrio entre recortar gastos sin miramientos ni vacilaciones, y tratar de tornar conservadores a los programas que existen, cambiando su orientación a fines y metas comunitarias, como en la reforma de la asistencia social de 1990, o en el Plan "Que Ningún Niño se Quede Atrás" de George W. Bush. Ambos enfoques han ganado sus victorias, pero sin éxitos indiscutibles para mostrar.

Y esto ante una opinión pública que se ha opuesto una y otra vez a tentativas incluso modestas por frenar la inundación de "derechos". Muchos políticos conservadores han sido poco enemigos del Gran Gobierno, y muy amigos de la Gran Empresa, ignorando la sabia advertencia de Nisbet sobre "la descentralización, tan necesario en el funcionamiento del Gobierno como en las demás asociaciones de la sociedad moderna". A la vez, los intentos de utilizar el Welfare State para propósitos conservadores han visto resultados mixtos en el mejor de los casos. Algunos intentos del Presidente Bush en la promoción del matrimonio p. ej., se parecieron mucho a los "folletos, talleres y cursos de escuela secundaria" que Nisbet con mucha razón desdeñaba.

1990: la apuesta de Schambra, los Neocons y los años de Barack Obama

William Schambra escribió una "Introducción" para la Edición 1990 de este libro, en la cual remarcó una nota optimista: "La política estadounidense ya no es nada más el Partido del Estado contra el Partido del Individuo. Ahora hay una nueva política, signada por la reacción contra la sociedad nacional e intrusiva del estado centralizado, e igualmente contra el crudo individualismo egoísta". Y más importante aún, sugirió Schambra que esta nueva política es sólo parte de un renacimiento más amplio de la comunidad en EEUU, que se extiende desde las aulas hasta las Asociaciones de Vecinos, pasando por las Iglesias y Jefaturas de Policía. Pero a dos décadas de distancia, una dosis de pesimismo parece ser lo que cabe.

Hubo significativos avances en la "nueva política" que Schambra divisó. Y hubo la tendencia más amplia, esa Post revolución sexual en la sociedad que Tom Wolfe caracterizó como "El Gran Reaprendizaje" en 1987. Hubo también bajas en los índices de delincuencia; programas de bienestar social más ágiles y con menos incentivos perversos. Hubo también un alto a la expansión aparentemente inexorable de las drogas duras, y de las ETS enfermedades de transmisión sexual, y un amplio reconocimiento, como nunca lo hubo desde los '70, de la importancia de la vida familiar y comunitaria para el florecimiento humano. Empero, los ensayos de la Era Bush muestran los límites de estas victorias.

Porque el período post Setiembre 11 nos reveló el lado estatista del actual conservadurismo, en tanto consideró amenazada la seguridad nacional, con su voluntad de salirse del ideario liberal a la hora de edificar nuevas burocracias, potenciar las autoridades centrales, e invocar lazos místicos de comunidad nacional para la defensa contra el enemigo exterior. Por su lado la crisis financiera de 2008 representó el fracaso de ambos enfoques conservadores, el laissez-faire y el intervencionista: un mercado desregulado lució como incapaz de generar el capital moral para auto-vigilarse, y aquel

proyecto de "sociedad de propietarios" a través de políticas para la compra de la casa terminó en desastre.

Del otro lado, el ascenso de Barack Obama despertó un entusiasmo de tipo culto, revelando que la mayoría de nosotros sigue en extremo vulnerables al romance rousseauiano con la autoridad central, al encanto de la política nacional como la forma más elevada de comunidad, y quizá único tipo de comunidad que vale la pena buscar.

Peor aún, la elevación de Obama a la Presidencia, parece otra vez dividir a EEUU en "el partido del Estado" contra "el Partido del Individuo". Los conservadores reabren sus copias de "La Rebelión de Atlas" y gritan enfurecidos contra el socialismo, pero al parecer son incapaces de pensar en la comunidad, como no sea en los mismos términos de la vieja Era Individualista, y ese es precisamente el problema que hace al socialismo aparecer tan atractivo.

Conclusión

Es de esperar que esta reacción sea temporal. Que con el tiempo nuestra Derecha vuelva la vista a la comunidad, pese a todos los disgustos.

Sabemos que el problema nunca va a tener una solución definitiva; pero eso es precisamente lo que le pone como apropiado punto de partida para una política conservadora, pues los conservadores están obligados a no creer en la existencia de soluciones definitivas, tanto como a no creer en la perfección humana.

Fue en este espíritu que se redactó el libro de Nisbet, y en este espíritu debe abordarse y leerse, no como un credo o manifiesto político para un movimiento o partido, sino como una declaración reflexiva, elegante y persuasiva sobre la naturaleza humana, y el tipo de política más adecuado para el cultivo de nuestra vida en común.

Con esto en la mente, parece mejor dejar la última palabra al propio Robert Nisbet. Pensando en la pertinencia política de su obra, en un ensayo de 1993 titulado "Buscando todavía", escribió lo siguiente:

“Repito, y concluyo aquí, que un partido o grupo conservador tiene ante sí una doble tarea. La primera es trabajar sin descanso por la disminución del Estado centralizado, omnicompetente y unitario, con todo su déficit presupuestario y su deuda en constante alzas. La segunda e igualmente importante es proteger, reforzar, y fomentar cuando sea necesario, los diversos grupos que forman los cimientos y paredes del orden social. Y para estas dos tareas creo que mi libro es relevante.”

Y deberíamos creerlo nosotros.